

GÉNESIS A APOCALIPSIS

LECTURA IX — LAS EPÍSTOLAS DE PABLO

Hablando del **libro de los Hechos**, debemos recordar que hemos llegado al punto en la segunda porción del libro donde hemos visto la conversión del archienemigo y perseguidor de la iglesia de Cristo, Saulo de Tarso. Debemos recordar que tenemos, en los primeros siete capítulos, los tratos de Dios en paciencia con Israel, por si acaso ellos se volviesen a Él y como nación se arrepintiesen, y recibieran al bendito Señor a quien habían rechazado y crucificado. Vimos que en el apedreamiento de Esteban esa puerta fue cerrada a la nación no arrepentida, y que ellos simplemente sellaron su culpabilidad por poner la corona de mártir sobre la cabeza de Esteban, y de este modo rechazaron el testimonio del Espíritu Santo, como ya había rechazado el testimonio del Señor Jesús cuando Él estuvo aquí.

Los testigos en el apedreamiento de Esteban pusieron sus vestidos a los pies de un joven llamado Saulo. Saulo el líder en la persecución, cuya enemistad en lugar de ser apagada por este crimen, parecía haber sido impulsado a una mayor actividad; él fue distinguido como persecutor de todos los que llevaban el nombre de Cristo, y, como él mismo nos dice, los persiguió aun hasta otras ciudades. Para ese propósito, armado con la autoridad de los principales sacerdotes, él estaba camino a Damasco para apresar y traer a Jerusalén a cualquiera que llevase el odiado nombre de Jesús.

¡Cuán improbablemente tal hombre sería el instrumento escogido para desplegar las inapreciables verdades de la iglesia de Cristo! ¡Cuán improbablemente aquel que era el principal de los judíos, y de los pecadores, el amargo enemigo de Cristo y de todos los que llevaban su Nombre, sería el vaso escogido de Dios para introducirnos en estas preciosas cosas! Y aun así sabemos que su misma conversión fue característica de todo su posterior ministerio. Saulo no fue convertido a través de la predicación de la ley; tampoco a través de la predicación al arrepentimiento por medio de labios humanos; él no escuchó el evangelio de los hombres. Vino una voz de la excelente gloria, de Cristo en lo alto, revelándose a Sí mismo en la imponente luz de Su gloriosa majestad y santidad, que derribó a ese hombre a tierra. Dos grandes cambios tuvieron lugar entonces; el fin del hombre natural, y la apertura del lugar santísimo de Dios. Fue allí ante la brillantez de esa luz que Saulo se aborreció a sí mismo; él ahora cuenta las cosas en las cuales se gloriaba, como indignas. Hay una introducción, al menos típicamente, (porque él está todavía en la oscuridad hasta que fue a Damasco y

recibió luz de manos de uno de aquellos despreciados discípulos a los cuales perseguía) en esa esfera de verdad celestial que siempre fue después el tema de su ministerio.

Ahora enlacemos estas dos cosas. Allí está Esteban predicando a los judíos la verdad que los habría emancipado del judaísmo, apedreado a muerte; él ve a Jesús a la diestra de Dios. Cuando Saulo se convierte es por medio de la revelación de Jesús a la diestra de Dios; y todo el carácter de su ministerio es tomado de eso. Esto no es para reunir a un pueblo terrenal, ni para establecer al judaísmo, —no para hacer alguna cosa que tuviese conexión con la antigua creación; esta era una cosa completamente nueva. Esta era la introducción del pueblo de Dios dentro de Su santuario.

Eso siendo verdadero, encontramos muy apropiadamente que estas epístolas nos introducen en lo que responde a Levítico, una tercera sección. En los Hechos tenemos el Éxodo, al pueblo guiado fuera de la esclavitud del judaísmo, ¿pero a qué? El Espíritu de Dios no sólo guía fuera, sino que también dentro; y en las epístolas tenemos el lado positivo del cristianismo. Lejos esté de nosotros despreciar alguna porción de la preciosa palabra de Dios; pensar livianamente, por ejemplo, de las epístolas de Pedro, Santiago o del Antiguo Testamento, o de algo parecido. Esto caracteriza siempre una naturaleza baja y carnal despreciar o pensar livianamente de la más pequeña porción de la palabra de Dios desde Génesis a Apocalipsis. Cada parte de ella es absolutamente perfecta, perfecta en su lugar como desplegando Su voluntad, consejo, y el propósito de Dios en esa conexión. Pero es siempre en su propia conexión; y en los escritos de Pablo tenemos aquello que es la posición cristiana ante nosotros en la más plena e inequívoca forma. Éste es el lugar santísimo, en la presencia de Dios, que somos introducidos, con nuestras almas emancipadas por medio de la preciosa verdad que tenemos desplegadas en estas epístolas. ¿Es sólo por casualidad que estas son justo catorce? Lo que nos habla, como usted sabe, de una doble perfección, de una perfección de la cual se da un testimonio perfecto. Estas epístolas además son divididas en lo que sería sugerido por esto, en dos porciones, una de las cuales tiene más particularmente que hacer con la posición del creyente, y la otra más especialmente con sus relaciones y responsabilidades. Nuestro propósito ahora es simplemente tomar la primera división.

Romanos es el comienzo. Este corresponde al libro de Génesis al ser el fundamento en cuanto a la posición cristiana. Después tenemos Gálatas, Efesios, Colosenses, y, en quinto lugar, Filipenses. Tenemos desplegado en ellas la perfección de la posición cristiana, en un aspecto quintuplo, correspondiendo, como lo hemos visto en los otros libros, con los cinco libros de Moisés.

Después tenemos las epístolas de relaciones. Primero que todas, Tesalonicenses, después Corintios, Hebreos, Timoteo y Tito. Estas, podemos ver, no tienen mucho que hacer con nuestra posición, sino con nuestras relaciones y responsabilidades que provienen de estas relaciones. Creo que usted concordará

conmigo de que esta división es clara y marcada y que estamos en una atmósfera algo diferente en la segunda división de las epístolas, en comparación con la primera división.

Volviendo a la primera división, **Romanos** es Génesis. Esta epístola nos presenta el fundamento en justicia Divina de todo el resto. Después viene Gálatas, y nadie que jamás haya estado bajo la ley realiza que la epístola a los Gálatas es un verdadero Éxodo, que nos habla de libertad de la ley, y nos advierte contra ser llevados a esclavitud nuevamente. Pasando a Efesios entramos allí en lugares celestiales. Nuestra bendición en Cristo en lugares celestiales es puesta ante nosotros en tan gloriosa plenitud que realizamos que estamos en presencia de Dios. De esta forma tenemos el Levítico de esta porción, el santuario. Después en cuanto a nuestro andar, que corresponde al libro de Números, —nuestro andar aquí sobre la tierra, bajo prueba en el lugar de debilidad, —tenemos Colosenses. Eso es poner a Cristo mismo como el estándar del andar del creyente aquí. Como Efesios trata con los lugares celestiales, Colosenses trata con los lugares terrenales. Encontramos al creyente sobre la tierra, pero buscando las cosas que están arriba. Es un peregrino, justo como Israel era un peregrino en el libro de Números, andando a través del desierto, pero buscando un descanso más allá. Y después un Deuteronomio —aquello que nos presenta a Dios con el hombre, los principios morales y la sabiduría para nuestro camino aquí, tal como lo encontramos en el libro de Deuteronomio, —Filipenses nos presenta eso muy apropiadamente, como podremos verlo cuando lleguemos a considerar esa epístola. He omitido mencionar que las epístolas a los Colosenses tienen una breve posdata, con la cual ya estamos familiarizados en el libro de los Jueces que tiene a Rut como una posdata, y en el profeta Jeremías que tiene a Lamentaciones. Del mismo modo aquí, la epístola a los Colosenses tiene a Filemón como posdata, y esta es una muy bella.

Tomando los contenidos de estas epístolas, siento decir, por mí mismo y por todos nosotros, que, si estamos tratando con verdades familiares, estemos en guardia para que aquello que no es familiar no sea despreciado. No conozco nada más mortal para la conciencia, ni dañino para la vida espiritual, que tocar la santa verdad sin que estas tengan poder sobre nuestros corazones, o realizar qué privilegio sorprendente tenemos. No tengo duda al decir que estas verdades son absolutamente la más alta revelación que Dios nos ha dado. Si el Señor Jesús podía volverse a Sus discípulos y decir, “*bienaventurados los ojos que veis las cosas que veis...*”; —si el Señor Jesús podía decir eso a Sus discípulos cuando estuvo aquí sobre la tierra, ¡cuánto más para nosotros que hemos recibido el Espíritu Santo, el maravilloso despliegue de los secretos del mismo corazón de Dios, cosas ocultas desde la fundación del mundo, la manifestación del misterio oculto en Dios! ¿Han de ser tocadas estas cosas de una manera ligera? ¿Cómo aquellas que conocemos, que nos son familiares, como una forma de credo? —el “un cuerpo”, los lugares celestiales, etc.— ¿sin un poder vivo en estas?

Cuando estas verdades características de las epístolas de Pablo pierden su

poder, perdemos nuestro testimonio; perdemos aquello para lo cual hemos sido dejados aquí, y la preciosa verdad que Dios en Su misericordia ha recuperado para nosotros en estos últimos días se pierde, al menos en lo que concierne a nuestro testimonio. ¡Apreciemos, retengamos firme, aquello que se nos ha dado! Recordemos que este es un tesoro inapreciable el que se ha encomendado a nuestras manos; justo como los hijos de Israel, el remanente que retornó de Babilonia, se le habían confiado los preciosos vasos que pertenecían al templo. A ellos les fueron dados en la lejana Babilonia, y ellos debían llevarlos a salvo a través de todo el tiempo que intervenía hasta que llegasen a Jerusalén. Allí estos debían ser pesados, y debían dar plena cuenta por cada vaso del santuario que se había puesto en sus manos. Del mismo modo aquí tenemos el santuario y sus vasos; y si en medio de la confusión de Babilonia, en la cual la iglesia de Cristo ha sido tomada cautiva, nosotros, en la infinita misericordia de Dios, hemos tenido puestas en nuestras manos y en nuestros corazones estas preciosas verdades, mantengámoslas firme mientras pasamos a través del desierto, y estemos preparados, cuando alcancemos el santo lugar, a dar plena cuenta, y peso, por cada verdad que se nos ha confiado. Pueda el Señor despertar a Su pueblo en cuanto a esto; ver que estas mismas verdades que poseemos y que conocemos bien tengan un poder vivo en nuestras almas, para que hagan adoradores de nosotros: si esta es la verdad acerca del santuario, esto debiese guiarnos al santuario; si es la verdad acerca de la presencia de Dios, debiese llevarnos a Su presencia. ¿No será así? Y al tomar ahora estas familiares epístolas, ¿no pediremos para que nuestros corazones puedan arder nuevamente ante el precioso despliegue de lo que ellas contienen? Miles de mártires han ido a la muerte con cánticos de gozo, no conociendo ni siquiera la décima parte de la verdad que los cristianos poseemos ahora. Amados, ¿Qué poder es el que poseemos en nuestras vidas? Ese es el punto. ¡Pueda la verdad santificarnos, y conformarnos más y más a la imagen de nuestro bendito Señor! ¿No es ese Su deseo?

Cuando tomamos Romanos, no existe la más mínima dificultad en cuanto a saber lo que esta epístola significa, y para saber cuál es su tema. Nadie puede cuestionar por un sólo momento que el tema de Romanos se nos presenta en el primer capítulo, en los v.16-17, *“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío, primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá”*. Este es el evangelio, el maravilloso despliegue del corazón de Dios, las buenas nuevas de Su gracia hacia los hombres. El apóstol no se avergüenza de éste, porque es poder de Dios para salvación; en éste es revelada la justicia de Dios, ese despliegue de Su carácter que manifiesta plenamente lo que Él es, Su justicia y propia consistencia; y es el fundamento de toda nuestra paz.

Ahora esta epístola está muy claramente marcada en los temas de los cuales habla. Ante todo, tenemos en los primeros cinco capítulos, o para hablar

más exactamente, del cap.1 al 5:11, la primera división, que nos presenta la justicia de Dios en la justificación del pecador. ¡Qué despliegue tenemos en esta parte! Tenemos, hablando en términos generales, en el primer capítulo a los Gentiles ante nosotros en toda la odiosidad de su pecado en el cual habían caído, porque no quisieron retener el conocimiento de Dios en su corazón. Por tanto, Dios los entregó a una mente reprobada; y todo el desgraciado mal que estos practicaban es desplegado en todo su horror, en vista a mostrar lo que es el hombre sin Dios. En la primera parte del cap.2 el tema es continuado para mostrarnos al juez y al filósofo, que señalaban los pecados de otros, pero que eran igualmente culpables. Toda esta porción muestra que el hombre, con sólo la luz de la naturaleza, mientras responsable, nunca se vuelve a Dios. Concluyendo esto, el apóstol pasa, en la mitad del capítulo, al judío. Nos muestra a uno que tenía la ley de Dios y se jactaba en ella, se gloriaba del hecho que tenía algo que el Gentil no poseía— aun así, él mismo era condenado por esa misma ley. Él tenía la ley, pero la había quebrantado. De este modo encontramos al judío y al gentil de igual modo bajo pecado.

Cuán familiar es que; cuántas veces el evangelio ha sido predicado desde ese punto de partida— ¡todos de igual manera bajo pecado! *“por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios”*; y el apóstol cierra esa parte del sujeto por citar la Escritura, primero desde el libro de los Salmos y después del profeta Isaías, para mostrar que no había justicia en ninguno, en corazón ni en vida. El efecto de todo es cerrar la boca de todos los hombres, ya que mientras la boca del hombre esté abierta será para justificarse a sí mismo. Mientras su boca esté abierta tendrá algo que decir semejante al fariseo, *“Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres”*. Pero cuando él es procesado ante el estrado de la justicia de Dios, y allí se le muestra su verdadero carácter, él no tiene nada que decir. Cada boca es cerrada, y todo el mundo es culpable ante Dios. Un silencio, el mundo culpable— un mundo convencido de pecado, que no tiene una palabra que decir, — ¿Qué entonces? Dios habla. Él dice, Yo proclamaré mi justicia. Si no hay justicia en ustedes, si ustedes están convencidos de este hecho, ahora escuchad Mi justicia; y en el evangelio de Cristo tenemos esa justicia manifestada.

Pero el pecador dice, tengo temor de la justicia de Dios; esta es la misma cosa que quisiera evitar; a la cual no me atrevo a hacer frente; esa justicia sólo me condenaría, y me pondría justamente donde pertenezco, en eterna miseria, bajo el justo juicio de un Dios santo. ¡Ah! ¿Qué encontraremos que hace la justicia de Dios?

“Pero ahora, aparte de la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la Ley y por los Profetas: la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en Él, porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por Su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en Su sangre, para

manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con miras a manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que Él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús”.

Y así el pecador encuentra que la misma justicia de Dios que temía, que esa misma justicia que pensaba estaba contra él, está a su favor; en lugar de estar contra él para condenarlo, es la misma cosa que da testimonio para él. La justicia de Dios es manifestada al justificar al que cree en Jesús: manifestada al justificar al impío. Si, es como un pobre pecador, con todos mis pecados sobre mí; un alma miserable y culpable, ante un Dios justo, que encuentro que esa misma justicia es mi amiga, la que me justifica. ¡Qué asombroso es todo esto! ¿Y cuál es el secreto de todo esto? La sangre de Cristo. Dios lo ha puesto como un propiciatorio a través de la fe por Su sangre, para declarar Su justicia, y eso, amados hermanos, es aquello de donde proviene la paz; esa es la causa por la cual el apóstol dice en el cap.5, *“Siendo justificados por fe tenemos paz para con Dios”*.

Después en el cap.4, tenemos el lugar que ocupan las obras en esto. El apóstol toma los dos grandes ejemplos, Abraham y David. Debemos recordar que estamos viendo como Abraham y David son presentados como cabezas de la genealogía de nuestro Señor en el evangelio de Mateo. Ellos eran hombres principales en toda la nación de Israel. —Abraham el patriarca, el progenitor de toda la raza, y David el rey, el cabeza de la familia real. Ahora Pablo nos muestra que Abraham y David fueron justificados por fe sin obras. En otras palabras, él pone las obras en su verdadero lugar, y muestra como la simple fe en la obra de Otro sin obra de nuestra parte, es lo que justifica al impío. Después en el cap.5, como ya he citado, él se eleva, y alcanza el punto más alto que tenemos en toda la epístola, donde él dice, *“Siendo justificados por fe tenemos paz con Dios a través de nuestro Señor Jesucristo”*. Paz con Dios. ¿Digo el punto más alto? No completamente: pero debemos ir un poco más adelante. Lo encontramos resumiendo; él dice, *“tenemos paz con Dios a través de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos acceso por la fe a esta gracia en la cual estamos, y nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones”*. “No sólo eso”, nuevamente, *“sino que también nos gozamos en Dios a través de nuestro Señor Jesucristo por quien hemos recibido la reconciliación”*. Note, paz con Dios primero. Después tenemos que gloriarnos en las tribulaciones, después Dios mismo es nuestro gozo, el objeto que llena nuestros corazones. Somos llevados a Dios. Cuan bendito es que, y esto es el final de la primera división de Romanos. Esa justicia que fue revelada desde el cielo, que nos muestra nuestra condición perdida, primero nos justifica, nos da paz, y poder para el camino aquí abajo, y posteriormente nos presenta a Dios mismo como el objeto de nuestro gozo. Adán ocultándose de Dios entre los árboles del huerto, —¿puede pensar en tal regocijarse en Dios ahora? Si, llevados a la luz, el pecado juzgado en la persona de Cristo, limpiados por Su sangre preciosa, la misma justicia de Dios viene a ser nuestro gozo y delicia.

La segunda parte de Romanos comienza justo aquí. Desde el cap.5:12 hasta el cap.8, encontramos que hay un sujeto completamente diferente. El cristiano encuentra que, aunque es salvado, salvado perfectamente, y para siempre, tiene una naturaleza en él que aún es capaz de pecar; y la cuestión que es aquí tratada en la segunda parte es aquella del pecado en él. En la primera parte fue el pecado sobre nosotros, pero en la segunda es el pecado en nosotros. En toda esta segunda porción, no es cuestión de salvación, sino de libertad del poder del pecado. Estoy persuadido que muchos del amado pueblo de Dios nunca han ido más allá de esta primera parte de la epístola. Ellos nunca saben mucho de ese Éxodo que los saca de la tierra de esclavitud, y de sus amos y enemigos que querrían retenerlos en este mundo— lo que es ser tomados y libertados para vivir para Dios. Eso es justo lo que encontramos en esta segunda porción. Primero tenemos dos cabezas, Adán y Cristo. Estuvimos en Adán, ahora estamos en Cristo; este es el secreto de toda libertad. Estamos unidos con Cristo resucitado y glorificado.

Eso levanta la pregunta en el cap.6 en cuanto a si debemos continuar en el pecado. Se nos dice que no, porque no estamos bajo la ley sino bajo la gracia. En ese cap.6 se muestra la preciosa verdad de que estamos muertos al pecado por medio del cuerpo de Cristo, y que por tanto debemos contarnos como muertos a éste, y vivos para Dios por medio de Cristo Jesús. Si estoy muerto a éste, ¿puedo pecar? ¿estoy bajo su poder? Si realizo que estoy muerto al pecado, soy un hombre libre, libre para andar ahora como uno que está vivo para Dios. Pero esto es sólo por fe. De este modo en el cap.7, encontramos que la gran cuestión de la ley es mostrada, y esto es tratado más extensamente en la epístola a los Gálatas, y se nos dice también que estamos muertos a la ley por el cuerpo de Cristo, para que podamos ser unidos a otro para poder dar fruto para Dios. La ley tiene que ver con el hombre natural. Tiene que ver con el hombre conforme a la carne, y sólo puede condenarlo. Pero nosotros estamos resucitados con Cristo, muertos a la ley, y ahora podemos andar en novedad de vida. ¡Ah! Hablamos acerca de estar en Rom.7, y fuera de allí, y todo eso. Temo, como lo he dicho antes, que muchos de nosotros estamos fuera en el sentido de que nunca hemos estado en ello en alguna forma verdadera. Nunca hemos realizado el terrible conflicto —no para salvación, note— no eso; él es salvo, un alma que conoce que tiene paz con Dios, aun así, que clama, “*¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*” Este es el poder del pecado, en uno que anhela la santidad. Y ¿Cómo él sale de esto? Por realizar que es a través de Cristo, y esa cruz que selló mi paz, —la misma cruz ha arreglado la cuestión de mis relaciones con la ley, y con el mundo. Estoy muerto a ambos, y ahora la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha libertado de la ley del pecado y muerte. De manera que el cap.8 nos presenta emergiendo en el lugar de libertad, y el andar en el poder del Espíritu de Dios, en esa novedad de vida que es el andar práctico para nosotros aquí. Eso cierra la segunda parte de la epístola.

Desde el cap.9 al 11 tenemos un sujeto muy distinto, la cuestión de la

relación de Dios con Su palabra, —con Sus propósitos en el pasado. En esta porción estamos ocupados con la cuestión de Israel. Si Dios tiene un pueblo que es justificado no por obras de la ley sino por la fe en Cristo, ¿Qué diremos acerca de Israel, ese amado pueblo terrenal? Estas son verdades desplegadas para nosotros en la más bella forma para armonizar con las verdades de la gracia. Las verdades de Dios nunca se contradicen las unas con las otras. Una puede ser puesta a un lado por un tiempo, como en el momento actual Israel ha sido puesto a un lado como nación, pero las verdades nunca están en conflicto. Y de este modo en la tercera sección de esta epístola vemos que hay un remanente conforme a la elección de la gracia, y eso, conforme a los propósitos de Dios en cuanto a Israel, como Sus propósitos para todos, serán cumplidos en su día, de acuerdo con Su propio consejo. Adecuadamente, en aquello que enfatiza esto, se nos recuerda de la resurrección de Israel, y de la santidad de Dios —en una tercera sección.

Eso nos deja con la última parte de la epístola, desde el cap.12 hasta el final. Y aquí nuevamente hay un marcado contraste, las cuestiones en esta cuarta porción corresponde muy bellamente con el libro de Números. Esta es una cuestión de andar. Hemos visto en la primera parte, la justicia de Dios manifestada en nuestra justificación; en la segunda, la justicia de Dios libertándonos del poder del pecado; en la tercera, la santidad de Dios es manifestada en conexión con Israel. Y ahora en la cuarta, tenemos el andar práctico de los hijos de Dios en el poder de estas verdades. Ahora debemos notar una palabra, muy característica de modo que podemos llamarla la clave a toda esta parte de la epístola; y esta es diferente de la ley. La ley dice, *“maldito el que no permanece en todas las cosas escritas en la ley para hacerlas”*. Aquí se dice, *“Tú harás”, “tú no harás”*. ¿Qué dice la santidad de la gracia? *“Os ruego, por tanto, hermanos, por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”*. Esta es una exhortación, y debido a las misericordias de Dios, —no debido a la ira de Dios, ni a Su juicio, —que presenten todo su cuerpo como un sacrificio vivo. De este modo encontraremos eso desplegado en esta última parte de Romanos, que es el andar práctico. Sólo puedo decir que como la justicia es el tema de toda la epístola, así aquí es la justicia práctica.

Ahora llegamos a **Gálatas**; y vemos aquí un muy marcado y definido sujeto corriendo a través de toda la epístola. En muchos puntos esta es muy similar a Romanos. Es como la conclusión de todos los escritos de Pablo a esa epístola, como naturalmente podíamos esperarlo. Y aun así hay muy marcadas distinciones. El tema de Gálatas es uno, y es nuestras relaciones con la ley; son contrastadas nuestras relaciones con la ley y Cristo. El apóstol en los primeros dos capítulos muestra el hecho que él ha sido libertado completamente de todo lo de la tierra, de la ley y también del judaísmo. Como he estado diciendo, él ha obtenido todo en Cristo en gloria. Entonces él va a desplegarles a ellos a través de esta epístola, como ellos tienen la cuestión de la ley y de Cristo; ¿qué es esto para ellos? La pregunta ¿es la circuncisión o Cristo? Y agrega, *“en Cristo Jesús*

la circuncisión ni la incircuncisión son algo, sino la fe que obra por amor". Este fue un claro ataque del enemigo que él enfrentó en esta epístola. Encontraremos que él comienza la epístola de forma muy diferente a la que comienza la epístola a los Corintios; los santos allí estaban en una terrible condición, pero aun así el apóstol podía dar gracias a Dios por todos los dones que estaban entre ellos. Pero cuando se dirige a los gálatas dice, *"Estoy maravillado que tan pronto os hayáis alejado de Aquel que os llamó en la gracia de Cristo para seguir otro evangelio"*. ¿Y por qué él habla tan severamente? La inmoralidad allí no era tan grande como la de Corinto, pero cuando la verdad es atacada, cuando algo es puesto en el lugar del evangelio, o peor aún, cuando el mismo evangelio está siendo adulterado, entonces el apóstol dice, *"aunque nosotros o un ángel del cielo predicase otro evangelio sea maldito"*. Cuando la verdad de Dios está en cuestión no puede haber entonces deslealtad, ni sonido incierto. Si los santos han caído en el mal como en Corinto, ellos deben ser restaurados, pero si el evangelio se ha perdido, ¿qué tenemos? Como he estado diciendo, no era la absoluta negación del evangelio, sino su corrupción, y su corrupción por medio de aquello que era aparentemente de Dios, al introducir la ley. Ahora la ley en su lugar es perfecta, —santa, justa y buena, —y el evangelio es perfecto en su lugar; pero cuando se trata de mezclar ambas cosas, tenemos la corrupción de estas dos buenas cosas. Es lo que hace esta corrupción terrible, de modo que el apóstol podía desear, como lo dice, que se cortasen a sí mismos los que los turbaban con tales enseñanzas. Este no es un evangelio dice él. Y de este modo encontraremos a través de toda la epístola que él toma y se detiene sobre el maravilloso hecho de que el evangelio de la gracia de Cristo es una cosa completamente nueva, que pone a un lado la ley.

Como he estado diciendo, en los primeros dos capítulos, él pone ante nosotros el carácter celestial del evangelio como sobrepasando a la ley. En el próximo capítulo él habla del contraste entre Cristo y la ley, y como la gracia ha antecedido a la ley en el pacto con Abraham 430 años antes del Sinaí. Después pasa en la próxima porción a hablar de la libertad del Espíritu, el andar en el poder del Espíritu de Cristo, en el cual si andamos por una parte no estaremos bajo la ley, y por la otra no cumpliremos el pecado. Aquí tenemos el espíritu de hijos, y no de hijos de Agar, que es típico de la ley y su esclavitud, sino de hijos de la libre, de la gracia y la promesa.

Los últimos dos capítulos están dedicados al andar práctico. El amor es el cumplimiento de la ley. Debemos andar en el Espíritu y no cumpliremos las codicias de la carne. El fruto del Espíritu y llevar las cargas de los otros, es la más alta forma de ley —la ley de Cristo. El apóstol cierra con la sorprendente declaración acerca de la nueva creación. *"De aquí en adelante nadie me turbe; porque llevo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús"*. *"Todos los que quieren agradar en la carne, esos os obligan a que os circuncidéis, solamente para no padecer persecución a causa de la cruz de Cristo, porque ni aun los mismos que se circuncidan guardan la Ley; pero quieren que vosotros os circuncidéis, para*

gloriarse en vuestra carne. Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo, porque, en Cristo Jesús, ni la circuncisión vale nada ni la incircuncisión, sino la nueva criatura. A todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea a ellos, y al Israel de Dios” (6:12-16).

Y de este modo tenemos la nueva creación que pone a un lado la ley, y toda nuestra conexión con ésta, y nos pone donde el Espíritu de Cristo puede guiarnos a la libertad, santidad y poder.

Ahora llegamos a **Efesios**, esa sorprendente epístola que es el santuario de todos los escritos de Pablo. En esta tenemos primero el despliegue de los consejos de Dios: como Él nos ha escogido en Cristo antes de la fundación del mundo; dado el lugar de hijos, en santidad, y puesto sobre el fundamento de la redención donde todos Sus propósitos pueden ser hechos reales para nosotros, y después hemos sido sellados con el Espíritu Santo, como arras de la herencia. Después vemos la perfecta posición del creyente en Cristo —participando de Su vida, lugar y poder, y unidos a Él como Cabeza. En Él nosotros, una vez muertos en delitos y pecados, somos vivificados, resucitados, y en Él, sentados en lugares celestiales; Él, el Cabeza del cuerpo, Su iglesia, la plenitud de Aquel que lo llena todo en todo. Cada verso de esta sorprendente epístola está lleno de la más preciosa verdad: temo despojarlas por intentar aun hablar de ellas. Sólo deseo citar tres sugestivas y características porciones. Estas son, primero los dos ruegos de Pablo: uno en el cap.1:15, *“Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él; que Él alumbre los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado, cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la acción de su fuerza poderosa. Esta fuerza operó en Cristo, resucitándolo de los muertos y sentándolo a su derecha en los lugares celestiales”*.

En ese ruego tenemos el deseo de que podamos conocer lo que es nuestro, él ruega al Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Dios de poder, el Dios a través del cual todo ha sido cumplido; para que podamos conocer la esperanza de Su llamamiento; la esperanza ligada al llamamiento con el cual hemos sido llamados. Después las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos. Esa es la porción que heredamos. Esto no es visto como nuestra herencia, sino como la herencia de Dios en nosotros. Después la grandeza de Su poder que ha obrado en Cristo. En otras palabras, lo que está ante nosotros en este ruego es que podamos conocer lo que es nuestro en Cristo, justo como tenemos en el libro de Josué en el Antiguo Testamento, nuestra herencia celestial desplegada, en tipo, en la tierra.

Después el segundo ruego en el cap.3:14, *“Por esta causa doblo mis rodillas*

ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo (de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra), para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”.

En otras palabras, tenemos, en este segundo ruego, el deseo de que el conocimiento de Su amor pueda ser trasladado a las afecciones del corazón. Esto está en acuerdo con lo que he estado diciendo al comienzo, que estas preciosas verdades puedan ser vida y práctica en nuestras vidas, para que podamos ser fortalecidos con poder por Su Espíritu en el hombre interior. Ahora, estas dos verdades nos presentan, como podríamos decir, la suma de la epístola a los Efesios: conocimiento y poder— conocimiento de nuestra posición y amor que corresponda con eso.

Diría que no hay tal cosa en el pensamiento de Dios como verdad Efesia sin amor Efesio; y en la dirección a Efeso en el libro de Apocalipsis, lo que Él tiene que decirles no es que han perdido la verdad, sino su primer amor. Eso es prácticamente la pérdida de su testimonio, y de su candelero. ¡Oh, que amor, gozo, gracia, corresponde con tal lugar ante nosotros, por ejemplo, en el segundo capítulo!

¡Nosotros, vivificados con Cristo, y en Él en lugares celestiales! ¡Nosotros, que una vez estuvimos muertos! En la última parte del capítulo somos vistos como aquellos que estuvieron a distancia, lejos, pero ahora hechos cercanos por la sangre de Cristo. ¿Cuán cerca? Lo bastante para formar Su iglesia, la morada de Dios en Espíritu.

Y así podríamos seguir, hay mucho que decir en esta epístola. Pero sin duda esta es tan familiar que difícilmente necesito más que mencionar los variados temas. Tome, por ejemplo, la gran verdad de la iglesia que se nos presenta como el cuerpo de Cristo, del cual Él es el Cabeza. En el cap.2 la tenemos presentada como la casa de Dios, Su habitación; y en el cap.5 como la esposa de Cristo, presentada a Él en gloria. La iglesia es vista en estas tres formas. Como “cuerpo” esta es una cuestión de actividad y servicio, todos los miembros comprometidos en un servicio común al Cabeza y del uno al otro. Esto es tratado más extensamente en el cap.4, donde vemos los dones y sus funciones, y la unidad del Espíritu en conexión con el ejercicio de estos dones. Como “casa” esta pone ante nosotros la responsabilidad, el orden de la casa de Dios, sujeción a Su gobierno y autoridad. Si somos la casa de Dios, y hemos sido edificados como una habitación de Dios a través del Espíritu, ¡qué orden, y sujeción requiere eso! Y después como “esposa”, esa esposa que ha de ser presentada a Él como una iglesia gloriosa, no teniendo mancha ni arruga o cosa semejante. ¡Qué clase de hombres debiésemos ser como aquellos que esperan por el Señor! En conexión

con el sujeto de la iglesia, sólo puedo referirme al misterio en el cap.3. Nadie puede comprender la verdadera naturaleza de la iglesia, ni de la dispensación en la cual estamos viviendo, que no haya comprendido esa verdad.

No pensemos que es cosa fácil entrar en estas verdades, o que mera familiaridad intelectual es todo lo que se necesita. Satanás está determinado a oponerse a nuestro realizar de alguna de estas bendiciones. Debemos estar en guardia “y *pelear la buena batalla de la fe*”, si estas cosas han de ser prácticamente gozadas. Todo esto es tratado en la porción familiar del cap.6, que nos recuerda vívidamente el conflicto en el día de Josué con los habitantes de Canaán, a lo cual evidentemente se hace alusión. Ese es un conflicto real, aunque no uno físico, y ninguna bendición celestial puede ser gozada sin esto.

Pero debo hablar de una característica más antes de dejar Efesios: de aquellas exhortaciones prácticas que encontramos al final de la epístola. Como a menudo se ha notado, la epístola que nos pone en Cristo en lugares celestiales, guía nuestros pies sobre la tierra; y, como a menudo se ha destacado, es en el tabernáculo donde tenemos las glorias de nuestra posición en cercanía a Dios, nuestros pies están sobre las arenas del desierto. De este modo nuestros pies están sobre la tierra mientras vemos las glorias de nuestra posición celestial. Pero debemos seguir, tomando ese pensamiento como la clave a la próxima epístola, aquella a los Colosenses.

El tema de **Colosenses**, podríamos decir, no es exactamente el tema del desierto. Este es Cristo, la gloria de Cristo, más alta todavía que en Efesios en esa forma. En Colosenses tenemos las glorias del bendito Señor, justo como en los dos primeros capítulos de Hebreos, con el cual corresponde este libro. Es Cristo quien es puesto ante nosotros —un Cristo al cual no debemos perder. Pero si lo notamos cuidadosamente, encontramos que en Colosenses él ve a los santos como sobre la tierra; y habla de su responsabilidad de tal forma que, si uno no estuviese claro en cuanto a la verdad de nuestra posición, pensaríamos que habría alguna incertidumbre en cuanto a esto. El apóstol dice, por ejemplo: “*si mantenéis firme*”, “*si no os dejáis mover de la esperanza del evangelio*”. Los “*si*” condicionales muestran que esto no tiene nada que ver con nuestra posición. Y aun así cuan bellamente mezcladas están estas cosas, —la posición del creyente y su andar fluyen de esto.

De este modo encontramos, como he estado diciendo, que es Cristo mismo, la persona del Señor, la que nos es aquí presentada. Y eso me recuerda la bella ilustración que tenemos en Génesis uno. El cuarto día de la creación, el número que habla, justo como lo hace Colosenses, de nuestra responsabilidad en el andar. ¿Qué es lo que ocurrió el cuarto día?

Allí se muestran las luces de los cielos. Este es dispensacionalmente la verdad de la iglesia con Cristo en el cielo, y en nuestra historia individual es la verdad del andar del creyente con su corazón con Cristo en el cielo. Si hemos de andar a través de este mundo debemos tener luz, y este mundo no presenta ni

ofrece luz. La luz que se derrama sobre nosotros por estas luces de gas no proviene de la tierra. Esta fue sacada de la tierra en forma de carbón, ¿pero de dónde vinieron estos? Edades atrás la luz del sol descendió a la tierra, y, puedo decir, fue incorporada en las plantas y entonces sepultadas fuera de la vista, hasta que fueron sacadas finalmente y libertadas, como la tenemos aquí en forma de luz; pero esta originalmente vino del sol.

Así es para nosotros los cristianos en nuestro andar a través de este oscuro mundo, no hay luz excepto de Cristo glorificado a la diestra de Dios.

Podemos hablar acerca de cosas prácticas, nuestra guía en cuanto a esa y aquella materia, aun así, no hay nada tan común, ningún deber tan trivial, pero debemos tener esta luz de Cristo en gloria. Ese es el tema de Colosenses, que se nos presenta en el primer verso, *“Si habéis resucitado con Cristo buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios”*.

Observando brevemente los detalles de la epístola tenemos primero, como he estado diciendo, la supremacía de Cristo declarada en la forma más fuerte. Después de agradecer a Dios por su fe, y orar por su crecimiento en toda la fructividad cristiana, el apóstol va a hablar de la gloriosa Persona de quien tenemos redención. Él es la imagen del Dios invisible, es decir, que es divino. Él es también el Primogénito o Cabeza de toda creación, como Hombre, porque Él era el Creador y Sostenedor de todas las cosas. Más aun, Él es Cabeza de la iglesia, como primogénito de los muertos, *“para que en todas las cosas Él pueda tener la preeminencia”*. ¡Qué constelación de glorias en esa bendita Persona!

Habiendo presentado esta gloriosa Persona, después somos llamados a contemplar Su obra, como revelada en el evangelio; donde tenemos la verdad de la perfecta y eterna reconciliación, no sólo de las cosas del cielo y tierra, sino también de personas que eran enemigos. Pero el evangelio declara ese maravilloso misterio de *“Cristo en vosotros la esperanza de gloria”*, y de la iglesia Su cuerpo, que era también el objeto del intenso y ardiente cuidado del apóstol. Esto cierra el primer capítulo. El cap.2 nos presenta la plenitud de Su pueblo en Cristo, en quien realmente mora toda plenitud, para Su amado pueblo. Ellos entran en esta plenitud por *“andar en Él”*, *“Enraizados y fundamentados en amor”*, habiendo sido sepultados con Él, y ahora resucitados con Él. Esto nos ha puesto en un lugar de libertad, donde las ordenanzas son cosa pasada, habiendo sido borradas en la cruz, donde Cristo triunfó sobre los principados y potestades. La religión carnal no tiene lugar aquí, ni un escrupuloso cumplimiento de reglas deben dar lugar a las actividades de esa vida de resurrección que es nuestra.

Desde tal punto puede verse fácilmente cual debe ser el andar. Ya he citado el verso que sirve como clave para el andar; y en conexión con esto tenemos, *“mortificar vuestros miembros que están sobre la tierra”*. Podemos estar seguros de que donde la muerte y la resurrección con Cristo son realizadas, cada deber terrenal será cumplido. ¡Un libro del desierto que hace a Cristo el poder y el modelo de la vida!

Eso nos deja en la epístola a los **Filipenses** como el final de esta porción. En esta epístola tenemos la repetición de las verdades vistas anteriormente, que corresponden a Deuteronomio, que nos presenta la repetición de la ley. Aquí tenemos la repetición de nuestra jornada del desierto, las lecciones que hemos aprendido de este, los principios por medio de los cuales somos guiados, y como Dios va sobre todo esto con nosotros, dándonos sabiduría para nuestro camino.

Note cuán bellamente esta se enlaza con Colosenses. Ya hemos tenido ocasión de notar que Deuteronomio y Números son muy similares. Hay sólo una diferencia, que en Deuteronomio tenemos introducido a Dios. Ahora aquí en Filipenses, justo como en Colosenses, tenemos la verdad de Cristo en lo alto como la luz por la cual andamos aquí abajo. La misma verdad es puesta ante nosotros, pero ahora sin las condiciones que serían apropiadas al libro de Números. No es, “si permanecéis”; no hay pensamiento de eso; él dice, *“estando confiados de esta misma cosa, que el que comenzó la obra en vosotros la terminará hasta el día de Jesucristo”*. Difícilmente necesito más que aludir al tema y estructura del libro, porque este es familiar a todos nosotros. Cristo en estos cuatro capítulos es presentado en una forma cuádruple, marcando claramente las divisiones del libro. Primero Cristo es nuestra vida, en el primer capítulo. *“Para mí el vivir es Cristo”*; esta es toda la suma de nuestra vida aquí abajo. Después en el cap.2, *“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”*; este es Cristo puesto ante nosotros en Su humillación y exaltación, al cual debemos imitar en el camino de solitaria humillación, y de servicio que fluye de esto.

A veces pienso que olvidamos, porque somos cautivados con la primera parte de ese segundo capítulo, la belleza de la última parte. En la primera parte es Cristo humillándose a Sí mismo para ser un siervo, pero en la última parte tenemos a Epafrodito humillándose como siervo. Es bello ver eso con el ejemplo de Cristo ante él, Epafrodito puede, en su pequeña medida, hacer la misma cosa, y estar cerca de la muerte en el servicio de los santos, por amor a ese precioso Salvador, que es el objeto de su corazón. Del mismo modo en la misma porción, Timoteo es encomendado de la misma forma, y Pablo está dispuesto a ser derramado como libación. Ese es el orden —Cristo primero, y Su pueblo imitándolo.

En el tercer capítulo tenemos la resurrección. Pablo con sus ojos sobre Cristo, olvidando las cosas que quedan atrás, y extendiéndose a las que están por delante. Cristo en gloria es su objeto —el objeto que primero lo guio a poner a un lado toda justicia humana como basura, y presionar hacia delante, hacia una ciudadanía celestial, para ver y estar con Cristo y ser semejante a Él.

En el cap.4 tenemos el sustento para el camino. *“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”*. Recordando esto, no sólo podemos regocijarnos en el Señor, sino también estar firmes en Él. Si ha habido desacuerdo, los santos pueden ser reconciliados; si hay necesidad, el rostro de Dios puede ser buscado. El bien debe llenar nuestras mentes antes que el mal, y los frutos de amor y gracia abundarán

en cada circunstancia.

Sé que hemos anticipado, quizás, cada cosa que se ha dicho, pero, como lo he destacado, ¿no es bueno tener nuestros pensamientos refrescados de tiempo en tiempo con estas invaluable verdades, para poder exhibir su poder en nuestras vidas?

Descuidé mencionar la epístola a Filemón como una posdata a Colosenses. Sólo necesito una palabra para mostrar cuan adecuadamente es eso. Filemón, sabemos, vivió en Colosas; la epístola a él fue escrita en el mismo tiempo que aquella a los Colosenses, como es evidente por el saludo y el estilo general. Esta fue escrita a través de Onésimo. Teniendo en mente que Colosenses trata con el andar práctico, aquí tenemos una ilustración práctica. Los santos podían hablar en una forma erudita, usted sabe, acerca de las glorias de Cristo y de todo eso; y Filemón podía decir, estoy buscando las cosas de arriba, donde está Cristo, y, por supuesto, mortifico mis miembros que están sobre la tierra. Muy bien, Pablo dice, aquí está el esclavo que huyó de ti, recíbelo de nuevo con todo amor, como un hermano amado. Esto ilustra el hecho que es Cristo quien es el guía y el poder de la vida, y no tengo duda, y Pablo no la tenía, de que Filemón haría eso. Bellamente también la misma gracia se muestra en Onésimo al estar dispuesto a regresar. De esta forma esto es una ilustración práctica que teniendo a Cristo ante nosotros no somos visionarios, ni descuidados en nuestro andar; sino que tenemos en todos los detalles de la vida, en las más pequeñas cosas, una guía, un principio que controla y hace que todo sea conformado a la imagen de Cristo. Que pueda ser así con nosotros, queridos hermanos, y podamos encontrar en nuestras vidas que estas verdades verdaderamente nos libertan, y nos conforman a la imagen de nuestro bendito Señor, porque ese es Su deseo y voluntad para nosotros.

Ahora llegamos a la segunda división de estas epístolas de Pablo, estas que hablan no tanto de la posición, ni de la gracia de la justicia divina que nos ha puesto ante Dios completos en Cristo. Estas nos presentan más bien nuestras relaciones con Dios, nuestra asociación con Él, y las responsabilidades que fluyen de esto. Podría decir que estas están íntimamente enlazadas con las epístolas de Pedro, por un lado, y con las de Juan por el otro. Estas nos presentan relaciones de familia, y en cierto sentido una responsabilidad terrenal. Sabemos que el tema de Juan es las relaciones de familia, y las de Pedro responsabilidades terrenales. Estas segundas partes de las epístolas de Pablo forman el eslabón, podríamos decir, entre el libro de Levítico, el libro del lugar santísimo, y el libro de Números, que trata del andar práctico en el desierto.

Encontramos en la última parte de Levítico algo de eso; tenemos el lado práctico de las cosas. En la primera parte tenemos sacrificios, la obra de Cristo, la persona del Señor, y el sacerdocio. Después tenemos la limpieza práctica y el acceso a Dios, en el cap.16. Desde allí vemos cuestiones prácticas en cuanto a la santidad en la vida diaria. Pienso que es una materia de verdadero interés que

justo como en el libro de Levítico, tenemos estas dos porciones —lo que nos habla de posición, y de aquello que nos habla más particularmente de relaciones, —así lo tenemos en las epístolas de Pablo.

Estos libros han sido agrupados para nosotros, y estoy seguro se nos encomiendan como siendo su orden natural. Debo decir desde el mismo comienzo, que tenemos un muy sugestivo pensamiento en el hecho de que muchos de estos libros son dobles. Esta es una segunda porción, y no menos de tres de ellos son dobles. Tenemos primera y segunda de Tesalonicenses; primera y segunda de Corintios, y primera y segunda de Timoteo: todos estos son libros dobles, que nos presentan algo suplementario en cada caso, con un objeto especial como veremos cuando los consideremos a cada uno de ellos. Eso es en sí mismo característico de una segunda porción.

Tenemos primero, las dos epístolas a los **Tesalonicenses** como comienzo de esta porción, el Génesis como podríamos decir. Después las dos epístolas a los Corintios como la segunda porción, o libro de Éxodo, que habla, al menos, de comunión que brota de la redención. En tercer lugar, Hebreos, que nadie cuestionaría como respondiendo al libro de Levítico o libro del santuario. Todo su tema es ese. En cuarto lugar, tenemos Timoteo, presentándonos responsabilidad en conexión con la iglesia sobre la tierra, y terminamos con Tito, que se parece mucho a Timoteo en algunos respectos y que a pesar de ello tiene también una perspectiva hacia el futuro.

Teniendo en mente que el tema de todos ellos son las relaciones, es muy sorprendente notar al comienzo de la primera epístola a los Tesalonicenses, que está dirigida a *“la iglesia de los Tesalonicenses que está en Dios el Padre, y en el Señor Jesucristo”*. Tenemos la expresión “en Cristo” en las otras epístolas, pero aquí tenemos una muy notable expresión “en Dios el Padre”. “En Cristo” es posición, pero “en Dios el Padre” es relación. Estamos sólo en el Padre como relacionados a Él por medio del nuevo nacimiento. Ese pensamiento de nacimiento sugiere Génesis o el comienzo. ¿No es un precioso pensamiento que en estas epístolas en las cuales tenemos mucho de nuestra responsabilidad y, ¡Ay!, ¿también mucho de nuestros fracasos, ellos son referidos como estando “en el Padre”? *“hijos (o niñitos), os escribo porque conocéis al Padre”*. Esto es primero, el comienzo de las relaciones; y eso es lo que caracteriza toda esta epístola a los Tesalonicenses.

Este es un muy simple libro. De hecho, esta es la primera epístola que fue escrita; y fue escrita muy brevemente después de la conversión de los Tesalonicenses. No muchas semanas habían pasado después que el apóstol había dejado Tesalónica, antes de que enviase su epístola para confirmarlos en su gozo al entrar en nuevas relaciones. Hay varios sujetos principales; y uno al comienzo al cual deseo llamar su atención, aunque es familiar para nosotros indudablemente. Justo como tenemos, ante todo, nacimiento en relaciones con Dios, tenemos también, en segundo lugar, en los v. 9-10 de ese mismo capítulo,

lo que caracteriza a la verdadera conversión. Verdadera conversión, y relaciones vienen de haber nacido de Dios; no es hacer profesión, ni tomar un lugar exterior —la verdadera relación es por nacimiento.

Su verdadera conversión es justo lo que se describe aquí en estos versos. El apóstol declara, *“porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera”*. ¡Qué resumen tenemos de la obra de Dios! ¡Cuánto está resumido para nosotros en estas pocas palabras! Se muestra un verdadero arrepentimiento mostrado en esta vuelta a Dios. El orden allí, a menudo se ha notado, es muy sugestivo, muy poderoso. Dígale a un pecador que abandone sus pecados, que se aleje de tal y cual mal, y él duda, no tiene poder para hacer esto. Preséntele a Dios y las demandas de Su gracia, y si la palabra es recibida por él y se vuelve al Dios vivo, se alejará del pecado. Existe esta diferencia; esto no es volverse del pecado a Dios sino a Dios del pecado. Hay poder en eso, ese es el pasado. En cuanto al presente, ellos están sirviendo al Dios verdadero. Ese es verdadero servicio. Entonces en cuanto al futuro, ellos están esperando por Su Hijo desde el cielo. Después él nos presenta el fundamento para esta espera y servicio. *“y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera”*. ¡Cuán bellamente es puesto todo esto! La muerte de Cristo por nuestros pecados nos liberta de la ira venidera y del juicio, y Su resurrección es la plena manifestación de ese hecho.

Es bello pensar en estos primeros cristianos: el apóstol había pasado un breve período en Tesalónica, y durante esa breve permanencia allí había encontrado mucha persecución. Aun así, cuán bellamente claras estaban estas queridas almas. Ellos conocían a Jesús; conocían además sus relaciones con el Padre; y que habían sido libertados de la ira venidera; los ídolos y el pecado no tenían más lugar en sus vidas, y sabían que podían esperar felizmente a Aquel que los había libertado de la ira; de manera que esperaban constantemente por la venida del Hijo de Dios. Piense en los cristianos de nuestros días, —veinte o cuarenta años hijos de Dios, quizás, —cuán pocos hay comparativamente que pueden ser descritos con estas palabras. Y aun así eso es lo que el poder de Dios haría ahora si la palabra fuese verdaderamente recibida, como lo fue entre los Tesalonicenses. Podemos probarnos a nosotros mismos y el carácter del evangelio que predicamos por medio de lo que tenemos en este capítulo.

Entramos ahora en la segunda parte de la epístola, del cap.2 hasta el cap.4:12. Aquí tenemos el relato del apóstol de su obra entre ellos, y es muy interesante como él mezcla la exhortación con la narración. Los llama a ser testigos en cuanto a su vida entre ellos cuando estuvo allí. Les dice cuán tierno fue cuando estuvo entre ellos ¡cuán solícito y cuidadoso! Y el efecto de esto. Les habla de su ejemplo. Se presenta a sí mismo y dice, *“vosotros sabéis, cuán santa y justamente”* vivimos, y ustedes conocen el efecto de esto. Después él usa eso como incentivo para ellos en cuanto a su vida, basando sus exhortaciones sobre

estas felices reminiscencias de él mismo. Ciertamente parece que la obra en Tesalónica fue única y notable. Esto también nos muestra cuán poco tiempo toma a Dios hacer Su obra. Aquí, en el breve compás de quizás dos o tres meses, los santos han sido sacados de en medio de la persecución, y establecidos como una asamblea de Dios, y estas epístolas son escritas a ellos para establecerlos aún más. ¡Cuán bellamente completo, y todo en un muy breve tiempo! Qué pudiésemos ver algo de esto también en nuestros días, y tener algunos recuerdos de amor de los santos del Señor y del uno al otro, como lo que encontramos exhibido en esta epístola.

En el cap.4:13 somos llevados al tercer lugar —a la misma bendita esperanza. Toda la epístola está dedicada a la venida del Señor. Se hace alusión a ella en cada capítulo. Pero ésta es tratada más extensamente, y éste es uno de los pocos pasajes que tenemos en todo el Nuevo Testamento que trata exclusivamente del arrebatamiento de la iglesia.

A veces pienso que quizás al presentar la preciosa verdad de la venida del Señor por Su iglesia, olvidamos el otro gran lado de la verdad que es muy prominente en el Nuevo Testamento, —la venida del Señor para tomar Su reino— para desplegarse a Sí mismo en toda Su gloria. No me malentienda. No quiero decir que hay sólo revelaciones parciales en cuanto al arrebatamiento de los santos; tampoco que en muchos de estos pasajes donde tenemos mencionada la venida del Señor, no tenemos el arrebatamiento incluido. Creemos que es así. Pero es muy significativo que el Señor quiere que tengamos parte en Sus pensamientos en cuanto a Su venida con relación al mundo. Le pregunto, por ejemplo, ¿quién que lea el libro de Apocalipsis, y vea allí todos los solemnes detalles conectados con la aparición y juicio de Cristo antes de establecer Su reino, puede dudar por un momento que el Señor quiere que estemos claros en cuanto a esto? Y mientras nuestros corazones se detienen con delicia sobre el precioso hecho de que la Estrella de la mañana se levanta antes del Sol de justicia, debemos recordar que, en un muy importante sentido, estamos también esperando por el Sol de justicia. Estamos esperando por el tiempo cuando Él reine, y establezca Su reino en toda santidad, poder, y gloria que un día será plenamente manifestada.

Ahora, teniendo esto en mente, volvamos atrás a nuestro pasaje aquí en Tesalonicenses con nuevo interés. Aquí tenemos el especial secreto para la iglesia, justo como la verdad de la misma iglesia fue un secreto oculto en Dios que no fue revelado con anterioridad a los profetas, sino sólo ahora, nos dice el apóstol, a él, —un secreto que había estado oculto en Dios desde la fundación del mundo. Del mismo modo el arrebatamiento de la iglesia, la venida del Señor para tomar a Su iglesia, y todos los muertos en Cristo, fuera del mundo.

Aunque familiar, no debemos cansarnos de esta verdad —qué bello despliegue del arrebatamiento de los santos; los muertos en Cristo resucitados primero, y después, —no los que estuviesen vivos, sino “nosotros, los que

vivimos”; mostrando que ésta era una esperanza presente y siempre preciosa, una espera por parte de los santos de ese día —“*nosotros que vivimos, que quedaremos hasta la venida del Señor seremos cogidos juntamente con ellos para encontrar al Señor en los aires... Confortaos con estas palabras*”. ¡Preciosas palabras son éstas, queridos hermanos! Ver en esta iglesia infante, en la primera de todas las epístolas, la prominencia de esta verdad.

De esta forma tenemos en la epístola, primero, nuestras relaciones con Dios mostradas por medio de nuestra verdadera conversión a Dios para esperar por Su Hijo; segundo, la exhortación al amor y la santidad que proviene de todo el ministerio del apóstol entre ellos; y tercero, la esperanza plenamente detallada en cuanto a la venida del Señor para tomarnos de toda esta escena, para estar con Él mismo. Podría decir en cuanto al capítulo final de la primera epístola que tenemos exhortación basada sobre esta verdad de la venida del Señor.

En la segunda epístola tenemos lo que es a menudo el caso en una segunda epístola, advertencia y corrección. Esto es muy natural. Por ejemplo, una primera carta puede ser mal comprendida, puede ser aplicada en una forma extrema, y necesita una segunda como corrección. Ambas cosas son verdaderas en el caso de 2ª Tesalonicenses. Sus tres capítulos nos presentan una corrección a los errores que pudiesen haberse introducido a través del fracaso en comprender. Por ejemplo, en cuanto a esperar al Señor, ¿Qué más bella actitud para los hijos de Dios que estar esperando por el Hijo de Dios desde los cielos? Pero hubo fracaso al descuidar sus deberes terrenales mientras esperaban por Él.

Debemos recordar que cuando el Señor reavivó esta preciosa verdad, vinieron abusos casi en el mismo comienzo. Allí estuvo el Millerismo, del cual ha salido el diez veces más activo Adventismo del Séptimo día. También el Irvingismo y otras formas de error —todo en conexión con la verdad de la venida del Señor.

No creo que haya otra doctrina de las Escrituras que haya sido tan pervertida como esta verdad de la venida del Señor, y no necesitamos ir muy lejos para encontrar la razón: una es que Satanás está ansioso por corromper esta brillante y bendita esperanza; otra es, quitarla completamente del pueblo de Dios. Pues él sabe que, si corrompe esta esperanza, logra también lo otro. Por ejemplo, si la venida del Señor es asociada con ciertos tiempos, o falsas doctrinas, como en el adventismo —donde el hijo de Dios es puesto bajo la ley, y donde se enseña en mortal error del nihilismo, —allí podemos ver como enseguida Satanás ha destruido toda la moral y el poder santificante de esa preciosa verdad.

Por otra parte, si la conecta con extravagancias y vistas extremadamente fanáticas, las personas sobrias se negarán a aceptar la verdad de la venida del Señor. ¡Cuántos cristianos sobrios que hoy conectan todo pensamiento de la venida del Señor con salvajes sueños de personas que hacen cosas extrañas y no escriturales! Vea, por ejemplo, el caso de Irving; él enseñó muy claramente

muchas verdades conectadas con la venida del Señor. Pero con esto enlazó la jerigonza que él llamó “lenguas”, la demanda de la restauración de los doce apóstoles, y de los dones proféticos. Mezclado con esto estaban los ritos y ceremonias de la misma iglesia romana, y, además, y lo más solemne de todo, fue atacada la inmaculada pureza de nuestro bendito Señor. ¿Cuál es el resultado? Personas sobrias dicen, cuando se les habla de la venida del Señor, ese es el Irvingismo, o el Adventismo: hay error conectado con eso; y nosotros no queremos tener nada que ver con ello.

De este modo obra el enemigo, introduciendo el error, y enseguida destruyendo el poder moral y la esperanza, e impidiendo que mentes sobrias entre el pueblo de Dios tomen la realidad.

Ahora, esta segunda epístola es para corregir tal perversión y corrupción. Encontraremos, por ejemplo, en el primer capítulo, al apóstol poniéndolos en su verdadera relación como santos, frente a aquellos que debían ser juzgados. Cuando el Señor se revele como llama de fuego, para tomar venganza de los que no conocen a Dios, ni obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesús, nosotros estaremos en descanso con Él. En el cap.2, él corrige el error de que ellos ya estaban en el día del Señor. Como podemos ver los ardides del enemigo al introducir tales cosas en la simple y preciosa esperanza que el Espíritu de Dios había puesto ante ellos. Ellos debían esperar por el Hijo de Dios desde el cielo. Aquí es introducido el error, introducido por una supuesta epístola “nuestra”. Algunos estaban perturbándolos, enseñando que el día del Señor ya estaba presente; que ellos ya estaban en medio de Sus juicios, y por tanto que la venida del Señor ya había pasado. Ese debía ser el efecto práctico.

Eso da lugar para la más importante revelación en cuanto a la apostasía, y el levantamiento del hombre de pecado. El Espíritu Santo en la iglesia es lo que estorba el pleno desarrollo de la iniquidad y la apostasía. Cuando la iglesia sea quitada el Espíritu Santo será también sacado de en medio. Entonces el judaísmo apóstata, con la forma sin vida de la iglesia —el Espíritu habiendo sido tomado al cielo, —madurará para el levantamiento del anticristo.

Y porque los hombres han rechazado la verdad de Cristo, ellos creerán la mentira del anticristo. Entonces se manifestará el día del Señor, y Sus juicios serán derramados sobre un mundo que no ha querido Su gracia. ¡Qué extraño sería todo esto para aquellos que están esperando por un Salvador y no por un Juez!

En el cap.3, tenemos otra corrección: Si estamos esperando por el Señor, dicen ellos, ¿Cuál es la utilidad de seguir con nuestros deberes diarios? No nos ocupemos con las cosas terrenales. Abandonémoslas, y simplemente esperemos al Señor desde los cielos. ¡Cuán claras y punzantes son las palabras del apóstol!: “*si alguno no trabaja, que no coma*”. Y no sólo eso, sino “*apartaos de los hermanos que andan desordenadamente*”. Y él prosigue a mostrarles como este errado uso de la venida del Señor hace a las personas indiferentes en cuanto a sus

responsabilidades terrenales, es absolutamente contradictorio a cada pensamiento de santidad divina.

El apóstol dice, si no están trabajando, están andando de casa en casa, entremetiéndose en lo que no os pertenece, alejando a los santos de su verdadera ocupación con Cristo, y de este modo destruyendo el testimonio de Dios.

Estas cosas son muy comunes, y debemos recordar que Dios las ha puesto ante nosotros, y debemos aprender de esta segunda epístola para ser corregidos en cuanto a algún abuso acerca de la venida del Señor. Podemos decir, que estamos bien guardados contra estas cosas, y muy claros en cuanto a la doctrina; y que no hay peligro de ser confundidos. ¡Ah!, si la doctrina de la venida del Señor no es santificante y una verdad que separa, ésta nos hará daño; como cualquier otra verdad retenida intelectualmente pero no con poder divino.

Pueda el Señor guiarnos al verdadero lugar, y privilegio ligado a nuestras relaciones con Él mismo como se nos presenta en las dos epístolas a los Tesalonicenses.

Ahora llegamos a las epístolas a los **Corintios** —nuevamente una epístola doble. Estas son epístolas eclesiásticas. Tenemos dos prominentes epístolas eclesiásticas en los escritos de Pablo, podríamos decir, mirando a lados opuestos de la verdad de la iglesia.

Efesios es la gran epístola en cuanto a nuestra posición. Corintios es la gran epístola de la iglesia en cuanto a nuestras relaciones y responsabilidad. Encontramos en estas dos epístolas muchos pensamientos en común, y aun así existe esta diferencia: en Efesios tenemos a Cristo en lugares celestiales puesto ante nosotros como el Cabeza, y la iglesia unida a Él; mientras en Corintios estamos sobre la tierra, y apropiadamente el Espíritu Santo toma ese lugar que Cristo ocupa en la epístola a los Efesios. ¡Qué sorprendentemente consistente y bello es esto! El Espíritu Santo está aquí abajo, y ha formado a la iglesia por medio del bautismo del Espíritu Santo. Sus actividades en los variados dones que provienen de Cristo en gloria son por tanto de manera prominente puestos ante nosotros.

A menudo se ha notado que había mucho que corregir entre los Corintios. La primera epístola parece casi toda correctiva. A veces nos sorprendemos de por qué hay tanta turbación en conexión con la asamblea; y muchas disputas sobre la verdad de la iglesia. Recordemos esto, que la gran epístola de la iglesia es principalmente correctiva; y que la asamblea o iglesia de Dios sobre la tierra debe estar siempre preparada para corrección, siempre preparada para tener sus fracasos señalados en vista a hacerla realmente un vaso del servicio divino.

Primero que todo él corta la sabiduría de este mundo. Los Corintios eran como los otros hombres, andaban como tales. Ellos tenían divisiones entre ellos —escuelas de pensamiento como filosofías griegas. La sabiduría del mundo fue prominente entre ellos, y como resultado se produjeron las divisiones. Donde se

introduce la sabiduría del hombre, y estos pensamientos tienen lugar, podemos estar seguros de que habrá divisiones y disputas. Si digo, “pienso así y así”, usted tendrá perfecto derecho a decir lo mismo, y entonces se produce el desacuerdo. No es lo que usted o yo tenemos que decir, sino “así dice el Señor”, podemos estar seguros de que entonces no habrá lugar para disputas ni divisiones.

Hemos notado como esta materia es corregida antes de que el mal moral sea tocado. Su condición moral era terrible. Difícilmente podemos imaginar la posibilidad de tal estado, a causa de la familiaridad con las santas verdades de la palabra de Dios que han hecho casi imposible la corrupción exterior tal como fue manifiesta en Corinto. Aun así, hay muchas santas lecciones que tenemos que aprender. Si ese estado moral es imposible ahora en asambleas del pueblo de Dios, debemos notar que hay otros males que el apóstol notó; y uno de esos fue el tomar la sabiduría y caminos del mundo como guía en los asuntos de la casa de Dios.

El apóstol corrige la división antes de que pueda haber poder para tratar con los males morales. Los ordena en cuanto al principio antes de tomar la práctica. A menudo encontramos que ésta es la única forma de hacer esto, —el camino necesario. Debe haber verdadero poder espiritual de la verdad, antes de que podamos tomar el estado moral o conducta específica.

Ahora tenemos, como he estado diciendo, primero se trata con la sabiduría de este mundo; después con la corrupción de la naturaleza, —corrupción de la carne. Tenemos el terrible caso de inmoralidad en el cap.5. Ellos fueron exhortados a poner fuera de entre ellos a la mala persona, —mandados a hacer así. Después en el cap.6, tenemos la corrección de ir a las cortes de ley, y cuestiones conectadas con el cap.5. El cap.7 es dedicado al mismo tema. De este modo tenemos la carne tratada con toda su inmundicia.

Desde los cap.8 al 10 él trata principalmente con la idolatría, o más bien con comer comidas ofrecidas a los ídolos, y su conexión con los sistemas diabólicos del paganismo. Aun la libertad cristiana no debe ser usada como tropiezos para el débil. De este modo él ha marcado para nosotros la completa separación del mundo, de la carne, y del diablo.

Habiendo excluido el mal, ahora extiende la mesa del Señor. Con estos males corregidos, ellos tienen un lugar limpio en el cual anunciar la muerte del Señor Jesús, al partir el pan.

De esta forma en los cap.11, 12, 13, y 14 tenemos a la asamblea en su actividad. El cap.11 nos presenta la mesa del Señor. El cap.12 el “un cuerpo”, que está conectado con la cena del Señor, y los dones y actividades de ese cuerpo. El cap.13 el amor que es el principio motor de todo; y el cap.14 nos presenta el ejercicio de los dones en la asamblea, y el orden de la casa de Dios. Todas estas cosas son provistas para cuando el mal haya sido excluido y juzgado. Justo como tenemos el principio, *“dejad de hacer el mal; aprended a hacer el bien”*.

Esto nos lleva a la última parte de la epístola, el gran capítulo de la resurrección, que es la tercera sección de esta epístola. Esta nos presenta plenamente el gran hecho que es la gloria del evangelio y el mismo fundamento de ésta.

Cuando llegamos a la segunda epístola encontramos verdad suplementaria, justo como la hemos encontrado en Tesalonicenses. Esto no es exactamente corrección debido a una mala comprensión, aunque el apóstol va a probar más profundamente aún todas sus conciencias y corazones. Está dispuesto a vengar toda desobediencia cuando su obediencia sea manifiesta. Pero tenemos más particularmente en esto, el desarrollo de la verdad en conexión con el ministerio cristiano. Los primeros dos capítulos nos presentan el fundamento, la fuente de todo ministerio cristiano; y esa es su conexión con Cristo, quien no era si y no, sino sí y sólo sí. Todas las promesas de Dios son en Él sí y amén. Por tanto, el apóstol podía proclamar un evangelio seguro y estable como la misma persona de Cristo.

Es muy tocante ver que esta determinada estabilidad en la santidad de Dios en nuestra vida es perfectamente consistente con la gracia hacia aquellos que están verdaderamente restaurados; tal como el hombre en el cap.5 de la primera epístola, quien había sido llevado al arrepentimiento por medio de un trato fiel.

Pasando al cap.3 vemos el ministerio del Espíritu contrastado con la ley; el nuevo pacto, el ministerio de gracia contrastado con el antiguo pacto, —el ministerio de condenación escrito en tablas de piedra. El paso de esclavitud a la libertad es magníficamente descrito al final del capítulo.

La tercera porción la tenemos en los cap.4 y 5, donde somos introducidos en la gloria, un muy precioso despliegue de la gloria de Dios, brillando en la faz de Jesucristo. El ministerio cristiano tiene que hacer con eso. Siga esto un momento. Este está basado sobre una inmutable verdad conectada con la persona de Cristo. Está conectado con el Espíritu Santo como contrastado con la ley. Esta quita el velo de entre nosotros y Dios; el velo que estaba sobre el rostro de Moisés es quitado en la faz de Cristo. El pleno carácter de Dios es manifestado, como dice el apóstol, *“usamos gran claridad al hablar”*. Como lo hace especialmente en los cap.4 y 5, sobre los cuales no podemos detenernos demasiado.

Entonces tenemos, en los cap.6 y 7, la prueba por el camino. Esta es una cuarta sección. Y encontraremos que cuando el apóstol ha tenido un vistazo, —además, no un vistazo, sino una plena vista, —dentro de ese santuario donde está Cristo, él puede descender al mundo y ser perseguido, oprimido, y pasar a través de aflicciones, aun así, regocijándose siempre; siendo pobre, pero enriqueciendo a muchos. No importa cuales fuesen sus circunstancias exteriores, —débil, despreciado, como la escoria del mundo, —él podía gloriarse en la suficiencia de Cristo. Ese es el carácter del ministerio cristiano —somos

enlazados con aquellas inmutables realidades que nos dan un poder que nada puede resistir. Mire a Pablo, qué débil, y menospreciable hombre era, hablando humanamente. No había nada en él para atraer la atención, o para inspirar respeto: su presencia corporal era débil, y su predicación menospreciable. Aun así, él es guiado en triunfo como un grato olor de Cristo para Dios en su ministerio cristiano, porque tenía ese bendito carácter.

Después tenemos la quinta división en los cap.8 y 9, que nos hablan de nuestra responsabilidad aquí sobre la tierra. Estos toman cuestiones como la colecta de la asamblea, y el ministerio hacia los santos; mostrando la más elevada forma de ministerio celestial, es también una cosa conectada prácticamente con la responsabilidad terrenal.

En la sexta porción del libro, en los cap.10 y 11, tenemos el poder para vencer todo, y este es el poder al cual ya hemos aludido. Los detalles de la vida apostólica se nos presentan aquí.

En la última porción, los dos últimos capítulos, se nos presenta el hombre en Cristo; el hombre en Cristo del cual el apóstol se gloría. No se gloría en sí mismo, débil como era, sino en el hombre que había sido arrebatado a la gloria; y a pesar de que ese hombre que había descendido a la tierra era en sí mismo débil. Aun así, él era en quien todo el poder de Cristo podía manifestarse. Eso es vencer. Este es el secreto del ministerio cristiano.

La epístola a los **Hebreos** nos lleva justamente al santuario, no solamente en cuanto a nuestra posición, sino también en cuanto a nuestra responsabilidad.

Señalaré, como recordatorio, las cinco principales divisiones del libro para mostrar cuán completamente estos manifiestan la verdad en cuanto al santuario, y nuestras relaciones hacia Dios en esto.

Ante todo, tenemos a Cristo en Su preeminencia en el primer capítulo. Después en Su humillación desde el cap.2 casi hasta el final del cap.4.

Cuan bellamente contrastadas son estas dos porciones. A través de todo Hebreos, el tema es la preeminencia de Cristo. Cristo es presentado a la fe como Aquel que debe ocupar el corazón, para mantener a estos cristianos hebreos, que tenían toda su maravillosa historia detrás de ellos, todo su orgullo en sus corazones, y todas las tentaciones para apostatar —para abandonar a Cristo. El remedio es, más de Cristo.

¡Ah! Si el corazón es frío, si el mundo nos tienta, ¿no sentimos que éste tiene poder sobre nosotros? ¿cuál es el verdadero remedio? Más de Cristo; que Él sea presentado en Su preeminencia, y encontraremos que el mundo y Satanás perderán su poder en la misma medida en la cual Cristo es entronizado en el corazón.

¡Cuán asombrosamente es Él presentado! Primero, lo vemos como Creador, como el Sostenedor de todas las cosas, hecho más alto que los cielos,

después de haber hecho la purificación de nuestros pecados, sentándose en lo alto. Después el apóstol pone ante nosotros, como en un panorama, un sorprendente tema tras otro. Pone ante nosotros a los ángeles que exceden en poder, y al admirarlos él los pone a un lado, y los desplaza por el mismo Cristo. No son los padres, ni los profetas, tampoco los ángeles. Dios nos ha hablado por el Hijo; lo presenta en toda Su majestad y gloria.

Después siguiendo inmediatamente a eso, nos dice que debemos dar atención a estas cosas, para que no nos deslicemos. Eso, notemos, es la característica de Hebreos; tenemos el más sorprendente despliegue de lo que es Cristo, y en conexión con esto la más solemne advertencia contra la apostasía. Estas dos cosas van juntas, y tienen su efecto sin duda sobre aquellos que eran dirigidos.

Estoy seguro de que hemos sentido esto, el poder de la advertencia conectada con la presentación de Cristo.

La segunda parte nos presenta, no a Cristo exaltado, sino humillado. Aquí lo tenemos, como Fiel en toda Su casa, fiel como Moisés, pero Él como Hijo, no siervo. Justo como los ángeles desaparecen de la escena, así lo hace también Moisés. Después viene Josué como aquel que los guio a la tierra; pero Josué desaparece, dejando a Cristo —sólo a Cristo ante nosotros, como Aquel que puede dar permanente descanso. En conexión con ese descanso está la advertencia para que alguno no entre en este descanso.

Desde el cap.4 hasta el cap.10 tenemos el corazón de la epístola, es decir, el lugar santo manifestado. Primero que nada, el sacerdote, después la advertencia en el cap.6, conectado con eso está el ancla firme detrás del velo. Los temas de los siguientes capítulos son:

Cap. 7, Melquisedec, desplazando a Leví y Aarón

Cap. 8, El nuevo pacto, desplazando al antiguo

Cap. 9, Sacrificio, desplazando a aquellos de la ley

Cap.10, El lugar santísimo.

Estas cosas están benditamente conectadas con el Sacerdote y el lugar en el cual Él nos ha introducido.

Eso nos lleva a la cuarta porción, que es el mundo, o la parte del desierto. Bellamente tenemos esto en el cap.11, la vida peregrina: *“El justo por fe vivirá”*, y allí el apóstol pone un ejemplo tras otro ante nosotros: Abel, Enoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José, y un ejército de dignidades. A medida que él pasa a través de los libros de Moisés él se apresura más y más. Esto es muy sorprendente. Llega al período de los Jueces y dice que le faltaría el tiempo para hablar de Débora, Gedeón, Barac, y todos los otros; y concluye el tema diciendo, *“estando rodeados de tan gran nube de testigos, despojémonos de todo peso, y*

corramos con paciencia la carrera que está delante de nosotros, mirando” —no a estas dignidades del pasado, salvo como ellos nos presenten un ejemplo de fe— *“sino a Jesús el autor y consumidor de la fe”*.

Entonces llegamos al final en los cap.12 y 13, una recapitulación de muchas preciosas verdades; y podemos mirar al fin, a lo que por fe ya hemos llegado —al monte Sion, la ciudad celestial, con su bendita compañía. ¡Qué poder en tal verdad para mantener el alma firme hasta el fin!

Hebreos de este modo llena la tercera parte —el Levítico— en estas epístolas —las epístolas a Timoteo. Estas tratan, sabemos, principalmente de la iglesia. Las dos epístolas, justo como hemos visto en las dos epístolas a Tesalonicenses y Corintios, nos presentan verdades dobles. Tenemos en primera de Timoteo a la iglesia como ésta ha salido de la mano de Dios; y en la segunda epístola, a la iglesia como ésta se encuentra en manos del hombre.

En 1ª Timoteo, como a menudo lo hemos notado, tenemos a la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad. Allí encontramos desplegados los variados deberes de aquellos que están en la iglesia, y también su variado ministerio. De hecho, tenemos allí la posición oficial de aquellos que Timoteo estaba autorizado a establecer en la iglesia. En los primeros días, ésta fue establecida en orden, como él dice, *“para que sepas como debes conducirte en la iglesia de Dios”*.

¡Qué contraste con 2ª Timoteo! Todo ha sido arruinado. El amado apóstol está en prisión; todos los de Asia, aquellos que se habían beneficiado de su ministerio, y deleitado en la preciosa verdad que él había predicado, —todos ellos se habían alejado de él. Ellos habían olvidado su primer amor. Y esa iglesia que debiese haber sido columna y baluarte de la verdad, ¿qué es? Una casa grande, llena con toda clase de vasos, algunos de honor y otros de deshonor. Esa casa que ha sido un testimonio para Dios ha venido a ser habitación para toda clase de males. ¿Qué es exhortado Timoteo para hacer? A purificarse a sí mismo de los vasos de deshonor para ser un vaso de honor útil al Maestro. Creo que es costumbre decir que hay sólo dos clases, vasos de honra y de deshonra. Eso es verdadero en un sentido. Pero ¿no hay vasos de honra, de deshonra, y vasos que no se han purificado? Encontraremos que la gran cuestión de la asociación es aquí presentada a nuestra responsabilidad. Ante todo, debemos ser nosotros mismos vasos de honor. Ciertamente eso tiene que ver con nuestro propio estado de alma y comunión con Dios. Después tenemos que purificarnos a nosotros mismos de lo que es malo, ya sea en práctica o doctrina; debemos purificarnos de los vasos de deshonra.

Ahora se levanta la cuestión de asociación con la gran masa del amado pueblo de Dios, cuyas conciencias no han sido tocadas en cuanto a su responsabilidad para purificarse a sí mismos. ¿No es justo esto lo que encontramos a nuestro alrededor hoy?

Por desgracia tenemos claramente vasos para deshonra; por eso pienso en aquellos que introducen males en doctrina o prácticas pecaminosas entre el pueblo de Dios. Después tenemos comparativamente pocos que tienen una conciencia en cuanto a la asociación con el mal, y que se han separado, no de la casa de Dios, ni siquiera de la casa grande de la cristiandad, porque eso sería abandonar el nombre de cristianos, — sino quienes se han separado de estos vasos de deshonra. Ellos no se asociarán con aquellos que sostienen malas doctrinas o prácticas.

Pero ¿es falta de amor, es algo severo decir que la gran mayoría del pueblo de Dios nunca ha sido despertado en cuanto a su responsabilidad en la materia de asociaciones? Ellos dicen, el trigo y la cizaña deben crecer juntos hasta la siega. Si, es verdad, estos deben crecer juntos, pero ¿dónde? No en la iglesia, sino en el mundo. Debemos salir del mundo, si queremos separarnos corporalmente; pero en aquello que lleva el nombre de Cristo, o como dice el apóstol, si alguno se llama hermano, y tiene éste o aquel carácter, con el tal ni aun comáis. Hablo de la gran mayoría del pueblo de Dios como no estando despertado en cuanto a esta cuestión. Se ha sugerido, y me parece probablemente verdadero, que la razón por la cual la mala doctrina se introdujo en la iglesia al principio, y por lo que ellos cayeron en el legalismo y en una religión meramente carnal, fue porque la separación que fue mandada aquí en Timoteo no fue practicada. Como resultado toda la iglesia de Dios fue pronto corrompida. Un poco de levadura leudará toda la masa.

Contraste los escritos inspirados con lo mejor, de los primeros escritos no inspirados. Tome los escritos de Policarpo; o aquellos de los cuales se ha estado hablando últimamente, que se han descubierto. Ellos dicen que es una forma de suplemento a los evangelios— “los dichos de Jesús”. Pero contrástelos, y encontrará que esto es comparar vino con agua. Estos son indignos e insípidos comparados con el precioso libro de Dios.

Parece como si los primeros cristianos no hubiesen comprendido estas preciosas verdades, y creo que una razón fue debido a que no hubo una separación práctica ni guardaron el orden mandado entre el pueblo de Dios. Así se introdujo el error que estropeo el testimonio al principio. Este siguió y descendió, se enlazó con el poder civil bajo Constantino, y después descendió aún más bajo, hasta que todos los horrores de Roma fueron injertados en la iglesia. Ese es el curso de la historia de la iglesia.

Dios en Su misericordia restauró la verdad de la justificación por la fe, y otras verdades, en días de Lutero; pero permítame decirle, que creo que la gran verdad de la iglesia de Dios y el orden de la casa de Dios fue —y quizás diría— restaurada en nuestros días. Ciertamente no digo esto para jactarme. No pienso decir que las principales verdades no han sido manifestadas, pero creo que, en la infinita misericordia de Dios, Él nos está confiando en este tiempo estas preciosas verdades en cuanto a la iglesia, para llevarlas a la práctica. Y si la

aflicción viene, si la prueba viene, si muchos queridos hermanos no andan en toda la energía, gozo, y poder de esto, como el Señor ama vernos andar —como nosotros mismos sentimos nuestras manos caídas, y nuestras rodillas paralizadas— lo que tenemos que hacer es alentarnos los unos a los otros para retener firme, y tratar de manifestar la preciosa verdad de la iglesia de Dios. Al final de la jornada del desierto encontramos en este libro del desierto de Timoteo, como podemos llamarlo, algo análogo a los libros de la cautividad del Antiguo Testamento. Estos tiempos del remanente se parecen a estos en los cuales estamos viviendo.

Que el Señor nos estimule. Necesitamos alentarnos y ayudarnos los unos a los otros; y sobre todo orar.

Tito nos presenta la última parte, y es completamente similar a Timoteo. No encontramos, sin embargo, la misma plenitud en cuanto a orden, y ya allí se pone ante nosotros la “bendita esperanza”. Debemos recordar que Deuteronomio es un resumen del camino, y una mirada hacia el futuro. Así mientras encontramos en Tito un resumen del orden de la iglesia, los variados oficios —tales como obispos, diáconos, y ancianos, —aun así, por la otra parte encontramos ese magnífico pasaje que nos abre las ventanas de los cielos.

Vemos como eso nos lleva justo a nuestro punto de partida. En Tesalonicenses hemos tenido justamente eso; ellos se habían vuelto de los ídolos a Dios, para esperar por Su Hijo desde los cielos. Y en el libro de Tito, que cierra esta porción, tenemos nuevamente el servir al Dios vivo y verdadero; el vivir sobria, justa y piadosamente en este presente mundo; esperando por esa bendita esperanza, por el Hijo de Dios desde los cielos.

De esta forma hemos hecho el circuito y hemos vuelto al punto desde donde partimos, con nuestros ojos fijos sobre esa gloria, que está ya muy cerca.

De este modo tenemos en estas epístolas, nuestras relaciones y responsabilidad. No tenemos los grandes vuelos de verdad que vimos en la primera división de los escritos de Pablo; ¡pero qué sólido fundamento sobre el cual descansar! ¡qué instrucción práctica! ¡qué responsabilidad presionada sobre nosotros!

¡Que el Señor nos dé, hermanos, entrar más y más en este santuario de las epístolas de Pablo, y de tener nuestros pensamientos y vidas llenas con sus verdades, para que nuestras vidas puedan ser para la alabanza de Cristo!

S. Ridout